

CANTO XIII.

LA HUIDA Á EJIPTO

CXI.

Llegado apenas la familia había
 De Nazareth á su pequeña casa,
 Cuando un ángel del cielo descendía
 Por entre nubes de luciente gasa:
 Llegando á la morada de María.
 Al lecho de José al instante pasa
 "Huye, le dice, con Jesús á Egipto;
 'Porque de muerte ha dádose un edicto."

CXII.

Corrió José, de pronto despertando
 Al aposento de su casta esposa,
 Y ella á su niño con dolor mirando
 Le tomó entre sus brazos congojosa,
 Al peso de la noche caminando
 Inclinába su frente cual la rosa
 En su tallo se inclina entristecida,
 Cuando se ve por la tormenta herida,

CXIII.

Aun era la estación de invierno frío
 Cuando el pobre artesano caminaba,
 Huyendo de aquel rey que tan impío
 Del Niño Dios la muerte ambicionaba:
 Del camino tomando el extravío,
 Su aflicción por instantes aumentaba:
 A cada paso en su terror veían
 Escoltas de herodianos que venían.

CXIV.

Empero, al fin de tantos sufrimientos
Llegaron al destierro señalado,
A un corto pueblecillo que de intento
Para ocultarles pareció formado.
Allí á José faltándole sustento
Se vió como el más mísero obligado
A ganar un salario muy mezquino,
Siendo de jornalero su destino.

CXV.

En tanto Herodes viéndose burlado
Por los Magos de Oriente, se propuso
Sus afrentas vengar, porque cercado
De temores, hallábase confuso.
Pensó á los niños degollar y airado
Con tiránica furia lo dispuso,
Creyendo que en tan cruel carnicería
Sin remedio el Infante moriría.

CXVI.

Belén entonces contempló su suelo
Regado con la sangre belemita,
Madres desesperadas sin consuelo,
Alzando airadas espantosa grita.
Más de trescientos niños, ¡triste duelo!
Por orden del infame Escalonita,
Cayeron bajo el filo de la espada
Contra el rey de los cielos levantada.

CXVII.

¡Pueblo de Matarich! pueblo inocente,
Ramillete de lilas perfumado,
Blanquísima paloma del Oriente,
Concha de nácar que ocultó al Increado:
Cinco abriles pasó el Omnipotente
Por tus canoras aves arrullado,
Jugando de tus rosas en la alfombra,
Y de tus palmas á la fresca sombra.

CXVIII

¡Tú sus primeros pasos recibiste
Y sus primeras frases escuchaste,
En su amargo destierro le acogiste
Y en su suma pobreza le amparaste!
¡Quizá partir con sentimiento viste
A la humilde familia que abrigaste,
Cuando proscrita y sin ningún amigo
Halló á tus puertas bienhechor abrigo!

CANTO XIII.

MARÍA EN NAZARETH.

CXIX.

¡Salve á tí, Nazareth, joya preciosa
De la fértil y rica Palestina!
¡Ya está en tu suelo la fragante rosa
Donde el Sol de justicia se reclina!
¡Ya la estrella del mar con luz radiosa
Tus muros y tus campos ilumina!
¡Ya la paloma fugitiva, errante
Respira el aire de su patria amante!

CXX.

¡Cuán amargo es el pan del desterrado
Que llora lejos sus amados lares,
Que vive recordando en su pasado
Sus ensueños, sus trovas, sus cantares!
¡Y cuán bello á la luz del cielo amado
Olvidar del destierro los pesares!
¡Bendito amor de patria; Dios lo quiso,
Tú eres de cada sér el paraíso!

CXXI.

Así al llegar á Nazareth, María
Làgrimas dulces derramó su pecho:
Con qué trenura al despuntar el día
Vió al sol dorando su apacible techo.
Muerto Herodes á nadie le temía,
Estaba, pues, el huracán deshecho,
Bespiraba la aroma de las flores,
Y arrullaba al amor de los amores.

CXXII.

Siete años trascurrieron sin que nada
Turbar osase su tranquila vida:
Allí al abrigo de su madre amada
Jesús pasaba su niñez florida;
Mas al llegar la Páscoa celebrada
Por Moisés y en su pueblo establecida,
Partió á Jerusalén el carpintero
Con la blanca paloma y el Cordero.

CXXIII.

Al terminar la Puscua se volvieron
Por distinto camino á su posada,
Y al hallarse sin su Hijo se sintieron
Con el alma de pena traspasada.
A buscar á Jesús luego volvieron
Llevando á todas partes su mirada,
Mas al tercer sol de sus dolores
Le hallaron predicando entre doctores.

CXXIV.

Fué este incidente la primera espina
Que el alma de Miriam llenó de abrojos,
Se entristeció su frente purpurina
Y comenzaron á llorar sus ojos,
Mas vuelta á Nazareth, como la ondina,
Del tibio sol á los colores rojos,
Recobró presto su apacible calma
Y á la paz de la vida abrió su alma.

CANTO IV.

MARÍA EN LAS PREDICACIONES
DE JESÚS.

CXXV.

Pasó María diez y siete abriles,
Sin que nada alterase su existencia,
Como la fresca flor de los pensiles
Manando en torno perfumada esencia.
El candor de sus años juveniles
Matizaba la flor de su inocencia,
Era Jesús su celestial encanto
Porque le amaba con delirio santo.

CXXVI.

Veintinueve años el Señor tenía
Cuando á José le arrebató la muerte;
Lloró el Hijo de Dios, lloró María.
Ante el cadáver del anciano inerte.
Poco despues Jesús se despedía
De la bella Miriam, la mujer fuerte,
Que doblugada en su dolor profundo.
Lloraba ya la ingratitud del mundo.

CXXVII.

Aislada en su pequeña y pobre estancia
Sigue los pasos de su amado Hijo;
No hay para su alma tiempo ni distancia;
En él está su pensamiento fijo.
Admira su valor y su constancia,
Vé sus portentos con afán prolijo,
Le oye predicar con voz potente
Entre una inmensa multitud de gente.

CANTO XV.

EL CAMINO DEL GÓLGOTA.

CXXVIII.

Apenas ¡ay! la capital pisara
El Hijo del Eterno y de María,
Aún se escuchaba el grito y algazara
Con que el pueblo traidor le recibía,
Cuando volviendo á su Señor la cara,
La multitud que palmas le tendía,
Envidiosa mirando sus portentos
Meditaba su muerte y sus tormentos.

CXXIX.

Buscaba su ódio sanguinario y visto
El oportuno medio de prenderle,
Cuando Judas, discípulo de Cristo,
Por treinta siclos ofreció venderle.
De buenos sentimientos desprovisto,
Y á fin de que pudiesen conocerle
"Prended, les dijo, en un malvado exceso,
"Al que yo diere en la mejilla un beso,"

CXXX.

Era una noche: el viento perfumado
Los olivos de un huerto sacudía,
Y en el cielo de estrellas tachonado
Su blanca luz la luna despedía.
Allí estaba Jesús; y allí olvidado
Sudaba sangre y de dolor gemía;
Clamando al cielo con mortal tristura
"¡Aparta, aparta el cáliz de amargura!"

CXXXI.

En tanto los discípulos amados
A pocos pasos, en tranquilo sueño,
Pasaban los momentos que angustiados
Laceraban el alma de su sueño;
Al mirar á la turba de soldados
Que llevaba el traidor, con triste ceño
Los despertó diciendo en voz pausada:
"Despertad y venid, mi hora es llegada."

CXXXII.

Judas temblando á su Señor se llega,
"¡Dios te salve!" le dice, y con un beso
A la turba frenética le entrega,
Y al campo parte de inquietud opreso:
De un bosquecillo al fondo se replega,
Y allí mirando á su Señor ya preso
Inventa un nuevo crimen, se suicida,
Un lazo pone término á su vida.

CXXXIII.

Entre tanto Jesús, el inocente
Fué llevado por viles pretorianos,
Entre un tumulto de nefanda gente,
A la presencia vil de sus tiranos.
¡Que muera! gritan con furor demente;
Y Pilatos, lavándose las manos,
A la muerte de cruz ¡ay! le sentencia
Desoyendo la voz de su conciencia! .:

CXXXIV.

Eran las once: el sol del medio día
Las arenas y piedras abrasaba
Cuando la bella y cándida María
Al encuentro de su Hijo caminaba.
Al escuchar la horrible vocería
Con que el pueblo judáico le mofaba,
Al ver sus labios cárdenos y rojos
Dos mares arancaron de sus ojos.

CXXXV.

Pero al ver las espinas en su frente
Más y más crece su acoerada pena;
Quiere abrazar á su Hijo, que doliente
Pisa descalzo la caliente arena:
Sus agudos tormentos ella siente;
Lloran al verla Juán y Magdalena,
Sin poder mitigar la desventura
De aquella madre que el dolor apura.

CXXXVI.

Jesús camina con la cruz á cuestras
A la cumbre del Gólgota sangriento;
Y ella al medir sus escarpadas crestas
Añade á sus pesares un tormento:
Las palomas que arrullan en las siestas
Callan de su dolor al sentimiento,
Encierran las rosas sus corolas,
Enmudecen los vientos y las olas.

CXXXVII.

¡A dónde vas ¡oh Virgen sacrosanta!
Paloma gemidora del decierto,
Si ya falta la voz en tu garganta
Y está tu corazón de pena yerto?
Abrasa el sol tu delicada planta
Como á las rosas de olvidado huerto;
¿Que buscas en la cumbre de ese monte
A quien niega su luz el horizonte?

CXXXIII.

¡A dónde vas....? prosigues tu camino;
La escarpada montaña no te arredra:
Sigues á tu Hijo, á tu Jesús divino
Cual sigue al olmo delicada yedra:
Llorarás tu amarguísimo destino,
Sentada en la aspereza de una piedra,
Al pié del árbol donde Dios clemente
Redimirá con sangre al delincuente.

CANTO XVI.

AL PIE DE LA CRUZ.

CXXXIX.

Tres horas han pasado y ya pendiente
Jesús, del árbol de la cruz espira;
Lento camina el sol al occidente
Y trastornando el universo gira:
Tiembla la tierra, y la deícida gente
Azorada del monte se retira,
¡Ay! sólo quedan en tan triste escena
La Virgen Madre, Juan y Magdalena.

CXL

Sobre la dura roca se levanta
El lábaro sublime en que Dios hombre
Consuma la obra inconcebible y santa
Ante la cual no hay sér que no se asombre,
¡La última voz espira en su garganta....!
Todo há concluído: ¡abnegación sin nombre!
Y áun mana de su pecho el agua pura
Con que redime Dios á la criatura.

CXLI.

¿Mas dónde está su madre, dónde se halla?
Con los ojos del alma verla quiero,
Y con ella llorar: callar si calla:
Y acompañarla en su tormento fiero.
La voz de mi conciencia no se calla;
Si en causar sus dolores fuí primero;
¡Ay! mucho aguarda un hijo de su madre,
¡Mucho por ella espera de su padre!

CXLII.

Como blanca azucena que marchita
Al peso se inclinó de la tormenta,
La Madre se halla de dolor presita,
Al pié del árbol que mirar intenta.
Es inmensa su pena, es infinita,
Cada instante que pasa la acrecienta,
Tuerce las manos; por su blanco cuello
En rizos sueltos baja su cabello.

CXLIII.

Su mirada se nubla de repente,
Deja caer sus brazos dolorida.
La abandonan las fuerzas, casi siente
Que vá á extinguirse su preciosa vida,
Parada allí sobre la roca ardiente
Por mil espadas de dolor herida
Entra en esa terrible, amarga calma
Que sigue siempre alestupor del alma..

CXLIV

No llora ya Miriam, porque en sus ojos
Las lágrimas ardientes se agotaron,
Sus labios, antes de claveles rojos,
Silenciosos y pálidos quedaron.
Ni una queja demanda y sin enojos
Medita los detalles que pasaron,
En el terrible drama del Calvario,
Por un pueblo deicida y temerario.

CXLV.

Vé la esponja terrible que llevaron
En su rencor á su sedienta boca,
Los clavos que á la cruz le sujetaron
De su venganza en la algazara loca;
Todos los hechos ¡ay! que allí pasaron
Capaces de ablandar la dura roca,
Abren de nuevo la profunda herida,
Que abrió en su pecho la ciudad deicida

CXLVI.

Se acerca ya la noche ¡qué amargura!
No encuentra quien le baje del madero,
Ni tiene en su pobreza sepultura
Donde poner el cuerpo del Cordero.
Levanta al cielo su mirada pura,
Las manos junta en su tormento fiero,
¡Intenta hablar, pero la voz le falta,
Y una lágrima, al fin, su rostro esmalta....!

CXLVII.

Virgen de Nazareth, cese tu pena,
Antes que espire el sol en occidente
Tu yerta boca de amargura llena,
De tu Hijo santo besará la frente;
En tus brazos, blanquísima azucena,
Descansará el cadáver inocente,
Del que en tiernos arrullos y embelesos
Recibió tus caricias y tus besos.

CXLVIII.

Le mirarás, bellísima judía,
Le estrecharás en tu amoroso seno,
Mas no ya hermoso como en otro día
Cuando su rostro te miró sereno.
Su frente besarás, pero ya fría,
Le mirarás, pero de heridas lleno,
No podrás apartar sus rizos de oro,
Aquellos rizos que eran tu tesoro. . .

CXLIX.

Al declinar la tarde le bajaron
Nicodemus y José de Arimatea,
Su santísimo cuerpo embalsamaron,
Ante la casta Virgen de Judea:
En un sepulcro nuevo le enterraron
Ya casi al espirar la luz febea:
Tendió la noche su enlutada gasa,
Y Miriam sola se volvió á su casa.

CANTO XVII.

SOLEDAD DE MARIA.

CL.

Es la noche del viernes: todo calla,
Todo en silencio lúgubre se aduerme,
Oculta la crisálida en su malla
Al par del buitre y del condor se duerme.
El mar entre sus conchas se avasalla,
Las ondas giran con silencio inerme,
Ni el viento silba, ni susurra el aura,
Y hasta el mochuelo su velar resta.

CLI.

De cuando en cuando triste y lastimero
Se oye á lo lejos en la verde parra,
El monótono canto plañidero
Que alza en las nieblas la locuaz chicharra
Aquel sopor del populacho artero,
Aquel silencio cual pesada barra,
Troca á Jerusalén en una tumba
Donde ni el viento de la noche zumba.

CLII.

La rosa plega su gentil capullo
Y en él oculta su exquisito aroma,
Se doblega la flor de garambullo
Entre las hojas de la verde poma.
La estrella de los campos, el cucuyo,
Se oculta en los zarzales de la loma;
La luna está velada por mil nubes
Y M. gran en el cielo los querubes.

CLIII.

La algazara cesó, cesó la grita,
Cesó el furor de la venganza loca;
Mas la sangre caliente aún palpita
En la calle, en el monte y en la roca.
Quizá en su sueño la ciudad maldita
Sólo fantasmas lívidos evoca;
Quizá por vez primera en su conciencia
Haya un Juez que la acusa y la sentencia. ;

CLIV.

Lúgubre está la noche y pavorosa
Cual si fuera sensible á tanto duelo,
Cual si quisiera compartir ansiosa
De su Reina el triste desconsuelo.
Alguna que otra lámpara dudosa
Ilumina la bóveda del cielo
Y ni ladra el mastín, ni en el papayo
Alza su canto el receloso gallo.

CLV.

Pálida María cual la blanca toca
Que cubre su bellísima garganta,
Ni una queja se exhala de su boca
En medio del dolor que la quebranta:
El nombre dulce de su amado invoca,
Cual si quisiera con ternura tanta,
Y al peso de su propio sentimiento,
Devolverle la vida, darle aliento.

CLVI.

Mil veces, mil en la siniestra calma
Besa de la corona los abrojos
Y se estremece cual herida palma
Y se llenan de lágrimas sus ojos.
Los clavos mira y desfallece su alma
Al encontrarlos cárdenos y rojos,
Teñidos con la sangre que inocente
En bien se derramó del delincuente.

CLVII.

Es una propensión propia, inherente
Del alma que acibiara la amargura,
Comparar el pasado y el presente
Combinar el dolor con la ventura:
Y es que la misma cruz de lo que siente
La impele á su pesar, y la tortura
Coronando la hiel de sus dolores
Con sus perdidas y marchitas flores.

CLVIII.

Con el rostro escaldado por el llanto,
Y abrasada en recuerdos la memoria,
Pasa esa noche de mortal quebranto,
Terrible en los anales de su historia:
Cubierta con los pliegues de su manto,
A la luz escasísima y mortuoria,
Es cual estatua de dolor velada;
Pero dulce, tranquila y resignada.